

CON AMOR ETERNO TE HE AMADO

Vivimos unos tiempos que, contrariamente a lo que creemos, las sucesivas generaciones, desde su fundación, nunca ha sido favorables a la fe cristiana. Unas veces las amenazas de afuera nos han hecho reaccionar, y la fe se ha mantenido de una u otra forma. Actualmente nos enfrentamos a un recrudecimiento de la oposición y hasta ya, de persecución más o menos larvada, que no solo proviene del exterior, sino de la misma crítica de cristianos en el interior de cada una de las denominaciones.

Acabamos de asistir a la confusión de los anglicanos, y de cómo las influencias exteriores se han apoderado del pensamiento de la iglesia en esta denominación. Algunos se han acercado a la Iglesia Católica, a mi juicio más con deseos de conservar sus tradiciones y normas de fe, que por auténtico espíritu ecuménico. Ya esto es un avance para la unidad, si esta se produce mediante la caridad y la humildad.

Sea como sea, y en las condiciones en que vivamos la fe entre los que no la consideran e incluso la persiguen, el hecho es que no estamos abandonados a pesar de nuestra fe débil y entreverada de lo que San Pablo llamaba «la carne». Que es el espíritu y el alma humana, desarrollando a la vez que Dios mismo y su revelación en Jesucristo. Por supuesto estorba, y una de las misiones del cristiano es la de despejar su horizonte espiritual de esta opositora, que con sus imaginaciones y sus ataduras impide el buen funcionamiento de nuestra fe.

Es a lo que se refiere San Juan de la Cruz, cuando dice en su poema de la noche oscura. *Estando ya mi casa sosegada.* Es decir limpia de carne y de las tres enemigas de nuestro progreso cristiano. *Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo.* (1ª Juan 2:16). Cuando esos viles enemigos son puestos en servidumbre, es cuando el progreso del cristiano es imparable y se llega a la más dulce comunión con Jesucristo en el Espíritu. Y el Padre entrega su promesa que es nuestra delicia, porque ya su amor es para siempre y somos salvos de la ira.

Con amor eterno te he amado.- (Jeremías 31:3); palabras claras que no tienen el eco que deben provocar ante tal manifestación de amor. Creyéndolas e incorporándolas al sentir diario, es vivir ante una realidad palpable, porque en todo se puede contemplar este esplendoroso hecho de Dios, que por nadie se deja ganar en amor y generosidad.

Sit semper benedictus et laudato
Pax et gratia Domini nostri sit nobiscum semper

Rafael Marañón

AMDG.

